

que tiene en el concurso de las acciones, goza tambien de la que depende de la influencia que puede ejercer sobre las otras circunstancias, á fin de que las unas sean capaces de producir, y las otras no puedan impedir el objeto deseado.

CAPÍTULO XXXIX.

De la conexi6n de las antecedentes ideas, y del examen á que conducen.

VOLVAMOS sobre nuestros pasos, y recordemos al lector el enlace de nuestras ideas, y el 6rden de nuestro raciocinio.

Hemos visto que el hombre no puede ser feliz sin ser libre y dependiente; hemos visto que, para combinar la libertad con la dependencia, era menester combinar la voluntad con el deber: hemos visto que esta combinaci6n no es imposible, porque no es ni contraria á la naturaleza del hombre, ni contraria á la naturaleza de la sociedad: hemos visto que no es inasequible, porque la esperiencia nos hace ver que se ha conseguido muchas veces: hemos visto ademá que, así como las leyes determinan el deber, del mismo modo el amor de nosotros mismos determina la voluntad: hemos visto que este amor de nosotros mismos es la 6nica pasi6n originaria del hombre, inseparable de su naturaleza, y por consiguiente universal y constante: hemos visto que

todas las demá pasi6nes no son ni originarias, ni universales, ni constantes, porque si son conocidas del hombre en un estado, le son desconocidas en otro; y porque si dominan á algunos hombres, á algunos pueblos, y en algunos tiempos, no tienen la menor fuerza en otros hombres, en otros pueblos, y en otros tiempos: hemos visto que todas estas otras pasi6nes no pueden llamarse naturales sino en cuanto se consideran como modificaciones de aquella 6nica pasi6n originaria; y que en todo lo demá son facticias, por cuanto estas modificaciones son producidas por causas esternas: hemos visto que estas causas esternas, á las que hemos llamado materiales de estas pasi6nes facticias, se multiplican á medida que los hombres se alejan del estado salvaje, y se aproximan al estado civil. Hemos dicho, considerando á los hombres en este 6ltimo estado, que las diversas circunstancias físicas, morales y políticas de los diversos pueblos, debilitando ó destruyendo los materiales de algunas pasi6nes, y fortificando y multiplicando los de otras, debilitan, coartan ó destruyen por este medio algunas pasi6nes, é introducen, establecen, estienden y fortifican otras; de cuya operaci6n, como tambien hemos observado, procede más que de ninguna otra el destino de los pueblos, y el estado de sus costumbres. Hemos dicho que prospera el pueblo y que florecen las costumbres, cuando las pasi6nes introducidas, establecidas, estendidas y fortificadas, son á propósito para producir la combinaci6n de la

voluntad con el deber; y que decae el pueblo y se corrompen las costumbres, cuando las pasiones introducidas, establecidas, estendidas y fortificadas, no son aptas para combinar la voluntad con el deber.

Examinada la primera de estas proposiciones, hemos visto como del concurso de las circunstancias físicas, morales y políticas de un pueblo procede efectivamente la formación de sus pasiones dominantes: hemos visto que la legislación merece el primer lugar entre estas circunstancias, como que además de la parte directa que tiene en el concurso de las acciones, tiene también la que depende de la influencia que puede ejercer sobre las otras circunstancias, para combinarlas, componerlas, dirigir las y modificarlas: finalmente, hemos visto como la legislación puede acrecentar la fuerza de las circunstancias favorables, ó debilitar y destruir la fuerza de las contrarias, y poner á las unas en disposición de producir, y á las otras de no impedir el efecto deseado. Ilustrada esta primera proposición, conviene ahora examinar la segunda; conviene ver como de la formación de las pasiones dominantes de los pueblos dependa efectivamente la consecución ó el malogro del indicado fin; como estas pasiones reúnan ó separen la voluntad y el deber; y como de esta unión ó de esta separación proceda el destino de los pueblos y el estado de sus costumbres. He aquí lo que debemos examinar, si queremos caminar con aquel orden que sirve al

mismo tiempo para descubrir é ilustrar las grandes verdades, y para animar al autor y al que lee en la prosecución de difíciles y complicadas investigaciones.

CAPÍTULO XL.

Como de las pasiones dominantes de los pueblos dependa la consecución ó malogro del fin propuesto.

NO abusemos de la palabra *pasiones*: no empleemos este vocablo para indicar los débiles y efímeros deseos que nacen y mueren dentro de nosotros mismos, sin dejar apenas vestigios de su rápido y casi imperceptible tránsito. El hombre que solo es agitado de estas fuerzas débiles, varias y numerosas, no llegará nunca á sentir el vigor de las pasiones, ni experimentará nunca sus efectos. Sus acciones se resentirán de la debilidad y de la inconstancia de las fuerzas que las producen; y su *amor propio*, disipado, dividido y distraído en tantas direcciones diversas, siguiendo la ley universal de toda fuerza, perderá aquella eficacia que se disminuye á medida que se aleja de la unidad en sus direcciones. La *unidad*, ó cuando menos la *preponderancia* de un deseo sobre todos los otros, es lo único que puede constituir la pasión. *Cualquiera que tú seas*, decía Omar, *que amante de la libertad quieres ser rico sin bienes, poderoso*

*

sin súbditos, súbdito sin superior, sabe despreciar la muerte. Los Reyes temblarán delante de tí, tú solo no temerás á nadie.

He aquí la naturaleza y carácter de la pasión. Ella destruye la divergencia del amor propio, y lo concentra en su único objeto: ella escluye la variedad de los deseos, ó cuando menos escluye su igualdad: ella los proscribire ó los domina: ella supone la unidad ó la preponderancia de un solo deseo sobre los demás, de manera que cuando todos llegasen á chocar con él, todos deberían ceder á su fuerza, y él solo se llevaría el triunfo.

Consideradas las pasiones bajo este aspecto, podemos afirmar sin ningún género de duda, que, aunque todos los hombres sean igualmente susceptibles de pasiones, no todos los hombres las sienten; que una gran parte de ellos, fluctuantes en la variedad de los deseos, no saben ellos mismos discernir cual es el que les domina; y que si se vé alguno que con mayor frecuencia les agita, este no es bastante fuerte para vencer en el choque la oposición de todos los demás. Su voluntad, débil é inconstante como lo son sus deseos, muda continuamente de dirección, como mudan las causas que la determinan.

Lo contrario sucede en el hombre agitado de una fuerte, es decir, de una verdadera pasión. Su voluntad, dominada de esta pasión, será como ella vigorosa, y constante. La unidad, ó la preponderancia del deseo la hará activa y uniforme, como

la fuerza que la determina; y si esta pasión se combina con el deber, si esta pasión es conducente al grande objeto, este hombre será solo el que *quiera* vigorosamente, y el que *quiera* constantemente aquello que *debe*. Sin tener otros deseos, ó aunque los tenga, siendo todos inferiores al que forma su pasión dominante, y que combina su voluntad con su deber, este hombre, ó no encontrará ningún obstáculo que vencer, ó si los encuentra, estos serán demasiado débiles para desviar su voluntad de la dirección á la cual la pasión dominante la mueve y determina.

Para no impedir la combinación de la voluntad con el deber, hay pues necesidad de las pasiones; y para obtenerla, hay necesidad de las pasiones conducentes. ¿Pero cuales son estas pasiones conducentes?

CAPÍTULO XLI.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

De las pasiones conducentes.

SI la avaricia que condujo al Nuevo-Mundo á los secuaces de Cortés les hizo triunfar de los obstáculos combinados del clima, de la necesidad, del número y del valor, con un denuedo tan impetuoso como constante; si la misma pasión hizo de los Filibusteres un pueblo quizá el mas maravilloso en

hechos de armas de cuantos nos ha dejado memoria la vieja historia; y si la esperanza imaginaria de las delicias materiales de una vida futura hizo de un Escita fugitivo (1) el conquistador del Septentrion, y de sus discipulos otros tantos guerreros fanáticos que, para servirme de la espresion de un poeta suyo, *ávidos de la muerte la buscaban con furor en el campo de batalla, y heridos del golpe afortunado se les veia caer, reir, y morir*: si con el mismo medio, con la misma esperanza y con la misma pasion se viéron los mismos prodigios en el Mediodia; si los Arabes, bajo los estandartes de Mahoma, subyugáron mas pueblos en menos de un siglo que los que habian conquistado los Romanos en seiscientos años de guerras y de triunfos: si el puente místico, que ofrecia al valeroso y al intrépido paso para el cielo, y hacia que el timido y el cobarde se precipitasen en la *boca horrible de la serpiente que habita la caverna oscura de la casa del humo* (2): si las hermosas *Huries* que es-

(1) Sigge, hijo de Tridulfo, principe escita, que se cree salió huyendo de su patria, cuando Pompeyo, habiendo vencido á Mitridates, puso en grande consternacion á los aliados del Rey del Ponto. El se dirigió ácia el Norte de la Europa, y hecha la conquista de algunos pueblos Celtas, tomó el nombre de Odino, quizá porque era el del Dios supremo de estos pueblos, de los cuales se haria acaso el sacerdote y el pontífice. Vease la *Introduccion á la historia de Dinamarca*, por M. Mallet.

(2) El Eterno, decia el profeta, ha echado un puente sobre el abismo de los infiernos: es mas estrecho que el filo de una cimitarra. Despues de la resurreccion, el va-

peraban al guerrero intrépido despues de su muerte en el palacio del placer; si estas y otras delicias de una vida futura, pintadas por la imaginacion ardiente y fecunda del voluptuoso profeta, inspiráron mayor valor á los Sarracenos que quizá pudo inspirar al Griego y al Romano el combinado amor de la gloria, de la patria y de la libertad, no por eso el Español, el Filibuster, el Celta y el Sarraceno encontraban en la pasion que les hacia tan terribles en el campo de batalla, aquella que podia hacerles igualmente virtuosos en la ciudad. Fuera de las filas desaparecia el héroe, y la ciudad no experimentaba sino los perniciosos efectos, ó de la codicia en unos, ó de una voluptuosa y loca supersticion en otros. La historia de estos pueblos, la suerte que tuvieron, el estado de sus costumbres, son las pruebas indubitables de esta verdad.

No puede decirse lo mismo del Griego ó del Romano. La pasion que le hacia héroe en campaña, le hacia igualmente virtuoso en la ciudad: él era el mismo á la vista del enemigo exterior y del ambicioso interior; la misma disposicion mostraba cuando se trataba de obedecer al cónsul en la guerra, que cuando al magistrado en la paz: el mismo brazo que combatia al enemigo en la legion, salvaba la vida del ciudadano en la ciudad: en el senado, en

liente con la ligereza de sus pasos lo pasará para elevarse sobre las bóvedas celestes; y el cobarde, precipitandose desde este puente, caerá en la boca de la espantosa serpiente que habita en la indicada caverna.

las juntas públicas, en el foro y en el campamento, la misma fuerza le daba la misma dirección; y la misma causa que hace á Camilo el terror de los Ernicos, de los Faliscos, de los Veyos, de los Volscos, de los Eqüos y de los Toscanos, le hace resplandecer en la censura, le hace merecer del senado el nombre de segundo fundador de Roma (1), le hace entregar en el sitio de Faleria los rehenes juntamente con los traidores que se los habian conducido, le mueve á desterrarse por su voluntad, y le hace volver á la patria para libertarla dos veces de los Galos.

Si todas las pasiones fuertes, esto es las verdaderas, son pues conducentes á efectos grandes, no todas son conducentes al grande efecto que nosotros nos proponemos, y que se debe proponer el sabio legislador. Algunas harán á un pueblo formidable en la guerra, pero no lo harán virtuoso en la ciudad; le darán una prosperidad aparente y rápida, pero no una real y duradera; le prepararán un letargo eterno, con unos pocos instantes de una embriaguez activa é impávida. Tales son las que se fundan sobre prestigios y errores; tales son las que suponen la ceguedad del ánimo y no su elevación; tales son las que animaban á los secuaces de Odino y de Mahoma. Algunas lo conducirán á las

(1) Por haber impedido con tanta firmeza la emigración de los Romanos al país de los Veyos. Vease á Plutarco, en *la vida de Camilo*; y á Aurelio Victor, de *los hombres ilustres*, § 25.

riquezas, á las conquistas, y á las empresas mas atrevidas; pero no á aquella virtud cívica que combina la voluntad con el deber, y que es la única que puede constituir la felicidad humana. Tal es la pasión que animaba á los conquistadores del Nuevo-Mundo; tal es la que hacia indomables á los Filibusteres; tal es la avaricia. Algunas podrán armar un pueblo contra otro pueblo; podrán producir prodigios de valor y de intrepidez; podrán dar guerreros y mártires, pero no ciudadanos. Tal es el espíritu de rivalidad entre las naciones y entre los pueblos; tal es el fanatismo religioso y la furibunda intolerancia. Algunas podrán obrar en un gobierno, pero no podrán tener lugar en otro; tal es el amor de la libertad en las repúblicas. Algunas podrán obrar en un tiempo, en una circunstancia, pero no en todos los tiempos y en todas las circunstancias. Tal es la venganza inspirada por el agravio ó por el insulto que un pueblo ha recibido de otro pueblo; tal es la esperanza de defenderse de un enemigo formidable; tal es la de destronar al tirano, ó de arrojar al usurpador. Algunas podrán producir los mas grandes efectos en un individuo, pero no podrán obrar sobre todo un pueblo: tal es la amistad y el amor. Algunas conducen al vicio ó al delito mas bien que á la virtud: tal es el odio y la envidia, tal es la mezquina y loca vanidad. Algunas podrán mover al ciudadano á hacer aquello que debe, pero no á quererlo; podrán apartarle del de-

lito, pero no conducirlo á la virtud: tal es el temor. En una palabra, si se examinan profundamente todas las pasiones de que es susceptible el corazón del hombre, no se encontrarán sino dos, las cuales tanto en la guerra como en la paz, lo mismo en la república que en la monarquía, ya en el individuo como en el pueblo entero, tienen en todo tiempo, de una manera estable, y en todas las circunstancias, aquella sublime cualidad; y estas son el amor de la patria y de la gloria, cuando son sabiamente introducidas, combinadas, difundidas y fortificadas por el legislador. La primera, madre de todas las virtudes sociales, hace á la segunda un manantial fecundísimo de prodigios de estas mismas virtudes. La una presta sus auxilios á la otra, y á porfía se fortifican y fecundan cuando la pasión de la patria domina en la mayor parte de los corazones. ¿De que se ha de ocupar aquel que se halle dominado del deseo de gloria? El bien público, medida de la estimación pública, será el objeto de sus gloriosos designios. Penetrada el alma de esta sublime pasión, persuadida de no poderla satisfacer sino con los méritos adquiridos para con la patria, no la buscará sino en aquellos dichos, en aquellos hechos, y en aquellas acciones que correspondan á este gran fin; y semejante á aquellos astros benéficos que esparcen la luz y la vida en la esfera de su actividad, de la cual á su vez sacan el alimento, su ejemplo, sus sacrificios, sus laureles, sus triun-

fos harán por su parte mas enérgica y mas activa en los otros la pasión de la patria, con el espectáculo grandioso que les ofrece de sus virtudes, y con la parte que les suministra de su gloria.

La historia de los Egipcios, de los Persas, de los Griegos y de los Romanos; la historia de todos los pueblos que se han distinguido por la virtud, y por la verdadera y sólida prosperidad que esta les ha procurado, no es sino una prueba continua de esta verdad: dejemos dudar de ella á los que son ó muy bajos, ó muy ignorantes, ó muy corrompidos para poderla conocer; y nosotros, menos inútiles que ellos en el mundo moral, en vez de perder nuestro tiempo en convencerlos, empleemoslo con mas provecho en indicar los caminos por los cuales pueden ser conducidas estas dos pasiones en un pueblo, y los medios que el legislador debe emplear para establecerlas, combinarlas, difundirlas, y fortalecerlas.